

La Pequeña Estambul

Hay ciudades que ocurren dentro de otras ciudades. Los judíos, cuya patria es un libro, un destino y una ley, han contribuido a muchas de ellas con una geografía hecha de gestos antiguos, historias renovadas, criaturas de barro, palabras poderosas, sabidurías orales y un enigma cotidiano. Muchas de ellas han sido destruidas de una manera atroz. Otras ciudades suceden en el recuerdo y otras sólo en relatos asombrosos.

Estambul parece estar en todas partes. Se le puede encontrar, por ejemplo, en ciertas calles de Kreuzberg, en Berlín, en las tabaquerías de Viena, en los clubes de comerciantes de café de Sudáfrica, en los casinos de Malta, en el puerto de Génova, en algunas tiendas de telas de la Ciudad de México.

Fue en la estación central de Zürich donde escuché por primera vez el nombre de La Pequeña Estambul. Lo pronunció, como una revelación, Dorette Hartmann, una pelirroja suiza que vivía en Edimburgo. Sin embargo, el tren que abordamos, con tres minutos de retraso, nos condujo a Basilea.

Durante un tiempo, para recorrer Basilea se requería pasaporte. Su división no sólo obedece a las fronteras entre Francia y la Confederación Helvética, sino a otras, a veces visibles, como la del río Rin, que separa a la ciudad antigua de la nueva, y a otras más, sólo discernibles para quienes saben de ellas.

Esos límites pueden variar y no siempre se identifican por principios geográficos. Acaso un letrero en una esquina, por ejemplo, un saludo callejero, el olor de la comida o la mera intuición sirven de advertencia para comprender que se ha abandonado un barrio penetrando en otro, y que con frecuencia los barrios terminan por convertirse en ciudades ocultas.

El silencio repentino de Dorette Hartmann en la terraza de un café aledaña al Rin fue el primer anuncio del misterio. Todavía tardé un poco en percatarme de que el resto de la clientela también se había callado ante la presencia fugaz de una mujer cubierta con una mascada. Cuando se aseguró de que había desaparecido entre las

calles, Dorette me murmuró con ironía respetuosa: “La Pequeña Estambul”.

Para muchos se trata de un mero barrio de extranjeros en una ciudad centroeuropea, de un exotismo común; otros la consideran una curiosidad prescindible, no falta quien deplora de ella por creerla una invasión y no pocos suelen ignorarla. Sin embargo, su presencia parece inevitable y latente.

A pesar de que era mediodía cuando entré ahí por primera vez, me sorprendió una quietud absoluta, que no dependía de obligaciones rituales. Las calles estaban vacías, sólo transitadas por un cartero demorado, y las casas y los edificios tenían un aspecto inanimado.

Muchas veces pregunté por la localización exacta de ese lugar, pero siempre me encontré con las mismas calles vacías, las mismas casas y edificios deshabitados, la misma plaza sin misterio. Sin embargo, con frecuencia escuchaba historias fascinantes de ese mundo otomano oculto en Suiza.

Poco después, leí en *Der Blick*, un tabloide sensacionalista olvidado en un tranvía, la noticia del asesinato de un cartero con una daga oriental. La policía no hallaba más explicaciones al crimen que el sitio en el que habían ocurrido los hechos, uno de los más peligrosos de la ciudad, conocido como “La Pequeña Estambul”.

No supe más de ese hecho, pero una crónica conservada en el monasterio de Sankt Gallen, que describía con precisión el terremoto ocurrido en 1356 en Basilea, aseguraba que “entre las ruinas, los gritos, los muertos y el fuego, sólo podía distinguirse La Pequeña Estambul, que se había librado de la destrucción”.

Afsin Toparlak no conocía Suiza. Era un turco que jugaba ajedrez en un café de Ostertor, en Bremen, y le confería una manera sentenciosa a su conversación. Luego de deliberar acerca de la forma más cortés de imponer un Jaque Mate elemental, como para alargar una partida insuficiente, me refirió la historia de una ciudad oculta en Basilea, que en realidad representaba sólo un reflejo de la antigua Bizancio. “La llaman La Pequeña Estambul”, dijo distraídamente mientras avanzaba un peón, “y no se puede saber si existe”. Según él, se trataba de un espejismo.

“Tú sabes”, sostenía en un alemán lento y pronunciado de un modo oriental, “que los espejismos suceden en otra parte. Lo que ves en medio del desierto, está ocurriendo lejos de allí. Lo que se ve en ciertas calles de Basilea, sólo es la reproducción ilusoria de lo que está pasando en alguna parte de Estambul; es un mero espejismo”.

Aquella noche, soñé con La Pequeña Estambul, que nunca había visto. Todavía ignoro si la muerte del cartero sucedió en Suiza o en Turquía.